

## FILOSOFÍA Y MÍSTICA. ENTREME DONDE NO SUPE / Y QUEDEME NO SABIENDO / TODA CIENCIA TRASCENDIENDO

*Ignacio Verdú*

“No busco los frutos de la ciencia ni de la naturaleza, sino los de la gracia: que me bese con el beso de su boca”.<sup>1</sup>

“Está en manos del hombre el preparar su corazón constantemente librando de aficiones extrañas la voluntad, de preocupaciones su razón y entendimiento, de ocupaciones *inútiles y comprometedoras su memoria*”.<sup>2</sup>

“El centro del alma es Dios, al cual cuando ella hubiere llegado según toda la capacidad de su ser y según la fuerza de su operación e inclinación habrá llegado al último y más profundo centro suyo en Dios, que será cuando con todas sus fuerzas entienda, ame y goce a Dios.”<sup>3</sup>

Antes de iniciar la reflexión que se me ha propuesto quiero, de todo corazón, dar las gracias. Y quiero hacerlo por varias razones. Primero por haberme invitado a participar en este extraordinario congreso, rodeado de tantas personas que conocen en profundidad la obra y la persona de San Juan. Esto de por sí es un honor y una responsabilidad para mí, por los que me siento especialmente agradecido. En segundo lugar por haberme ofrecido la posibilidad de presentar el resultado de mi reflexión sobre el asunto que ocupa mis investigaciones y mis clases en este centro desde hace ya muchos años: las relaciones entre mística y filosofía. Y, finalmente, por pedirme que lo haga tomando pie en un texto que me es especialmente querido, que me acompaña siempre en mis clases aquí y en

---

<sup>1</sup> SAN BERNARDO DE CLARAVAL, *Sermones varios*, 87, 1, en *Obras completas de San Bernardo VI*, B.A.C., Madrid, 1988, p. 419.

<sup>2</sup> GUILLERMO DE SAINT THIERRY, *Carta a los hermanos del Monte Dei*, 251, Sígueme, Salamanca, 1995, p. 112. En adelante citaré esta obra como: *Carta a los hermanos del Monte Dei*...

<sup>3</sup> SAN JUAN DE LA CRUZ, *Llama de amor viva* 1, 12, en *San Juan de la Cruz, Doctor de la Iglesia. Obras completas*, B.A.C., Madrid, 1989, p. 753. En adelante citaré esta obra como: *Llama de amor viva*...

otros lugares, y que me condujo no hace mucho a escribir un artículo titulado “La noche oscura y la docta ignorancia; una reflexión acerca de Dionisio areopagita, el Maestro Eckhart y San Juan de la Cruz”.<sup>4</sup>

Cierto es que no solo me sentí agradecido; también sentí cierta *preocupación, justificada*. Se ha escrito tanto y tan bien sobre San Juan y su obra que parece una osadía querer decir algo nuevo, más aún, habiendo escrito ya sobre la cuestión propuesta. Sin embargo, no estimo adecuado repetir lo ya dicho. Así las cosas he resuelto, en lo posible, no volver sobre Dionisio areopagita y su profunda influencia, no ahondar en el valor de la mística renana, que tanto aprecio, y ofrecer el resultado de mi reflexión sobre estos textos, acogiendo como guías en este caso a dos amigos, entrañables, que también enamorados, como lectores y comentaristas del Cantar, nos hablaron de la sabiduría del amor: Bernardo de Claraval y Guillermo de Saint Thierry.

*Coplas del mismo hechas sobre un éxtasis de harta contemplación*; este es el título de la formidable poesía que comienza con los versos sobre los que se me ha propuesto que reflexione. Y es, como no podía ser de otro modo, un título de elocuencia insuperable. En estas coplas San Juan nos habla, con sorprendente sencillez y claridad, del éxtasis místico, de la contemplación plena, de la “summa ciencia”, del saber de mayor poder y excelencia, del estado de máxima perfección al que pude llegar persona alguna, mientras habite entre nosotros este mundo.

Para cualquier filósofo de tradición socrático-platónica este saber, culminación de la búsqueda de todo hombre, satisfacción de sus anhelos, excelencia a la que puede y debe aspirar, no puede ser sino la sabiduría. La cuestión, sin embargo, nunca ha sido tan sencilla, pues lo que afirma San Juan es que se quedó no sabiendo, “toda ciencia trascendiendo”. ¿Cómo puede entenderse que la culminación de la filosofía sea un estado de no saber en el que la ciencia queda atrás?, ¿qué sentido puede tener hablar de no saber para hablar precisamente de sabiduría? Más aún, si como dice nuestro santo “si entendiéndose distintamente, no irá adelante”<sup>5</sup>, ya que “cuando el entendimiento va entendiendo no se va llegando a Dios, sino antes apartando”<sup>6</sup>, la cuestión se hace más grave y compleja; ¿qué

<sup>4</sup> IGNACIO VERDÚ BERGANZA, “La noche oscura y la docta ignorancia; una reflexión acerca de Dionisio Areopagita, el Maestro Eckhart y San Juan de la Cruz”, en *Mística y filosofía en el Siglo de Oro*, EUNSA, Pamplona, 2017, pp. 61-72. En el 2020 publiqué un nuevo estudio centrado en el estudio del componente humanista de la obra de San Juan: Ignacio Verdú Berganza, “Reflexiones en torno a la escolástica, el humanismo y San Juan de la Cruz”, en *La Universidad de Salamanca en la historia del pensamiento*, Editorial Sínderesis, Madrid-Porto, 2020, pp. 123-136.

<sup>5</sup> SAN JUAN DE LA CRUZ, *Llama de amor viva...*, 3, 48, p. 831.

<sup>6</sup> SAN JUAN DE LA CRUZ, *Llama de amor viva...*, 3, 48, p. 831.

sentido tiene filosofar, si filosofar es investigar, inferir, buscar la verdad, el bien, mediante el razonamiento?, ¿acaso no es filosofar el modo de progresar hacia la verdad y el bien, tal y como mostraban Sócrates, Platón, Plotino...?, ¿cómo conciliar esto con el hecho de que “este saber no sabiendo es de tan alto poder, que los sabios arguyendo jamás le pueden vencer, que no llega su saber a no entender entendiendo, toda ciencia trascendiendo”?.<sup>7</sup> San Juan es muy claro, siempre lo fue: “no es posible que esta altísima sabiduría y lenguaje de Dios, cual es la contemplación, se pueda recibir menos que en espíritu callado y desarrimado de sabores y noticias discursivas”.<sup>8</sup>

Mal haríamos pensando que San Juan simplemente despreciaba la razón, la formación, la filosofía misma. Los estudios a este respecto son abundantes. No solo muestra un conocimiento profundo de la filosofía en la que se formó, habiendo pasado por la más prestigiosa de las universidades como era Salamanca, sino que, como es bien sabido, ejerció, entre otras cosas, de rector de colegio universitario nada menos que en Alcalá de Henares y en Baeza. Debemos, por tanto, buscar respuestas menos simples a nuestras complejas preguntas.

En tanto que la filosofía se entiende como amor a la Sabiduría, parece necesario aclarar, desde el principio, qué entendemos por sabiduría y qué por amor; el amor que nos mueve.

Desde el comienzo de la actividad filosófica, y muy claramente en la tradición socrático-platónica, parece que la Sabiduría se ha identificado con un conocimiento de la Verdad y del Bien que implicaría una respuesta a la pregunta por la felicidad, o, dicho de otro modo, a la cuestión que inquietaría en lo más profundo a todo ser humano: ¿cómo hemos de vivir nuestra vida, la de cada uno, para que nuestra vida haya merecido la pena haber sido vivida? Es este, sin duda, un asunto grave y profundo que no puede dejar indiferente a ninguna persona, y quien no renuncia a encontrar respuesta filosofa. Sin embargo, con esto no es suficiente para aclarar qué se entiende por filosofía, pues la clave reside en qué tipo de conocimiento es el buscado, qué clase de conocimiento deseamos alcanzar, qué deseo nos mueve, qué clase de amor, qué amamos realmente.

Cabe entender que todo conocimiento, lo que algunos llaman verdadera ciencia, es poder y que, por tanto, la Sabiduría, que sería la ciencia máxima, supone el máximo poder; poder sobre nuestras vidas. Cabe pensar que en nosotros

<sup>7</sup> SAN JUAN DE LA CRUZ, *Coplas del mismo hechas sobre un éxtasis de harta contemplación*, en *San Juan de la Cruz, Doctor de la Iglesia. Obras completas*, B.A.C., Madrid, 1989, p. 36. En adelante citaré esta obra como: *Coplas del mismo hechas sobre un éxtasis...*

<sup>8</sup> SAN JUAN DE LA CRUZ, *Llama de amor viva...*, 3, 37, p. 824.

reside realmente el poder de hacernos felices (salvarnos, realizarnos, liberarnos, son otros tantos modos de expresar la misma idea), gracias al uso correcto de la razón, la ciencia, que nos capacitará para desentrañar el orden del mundo, de los objetos que nos rodean, y así dominarlos. Puede ser que el deseo que nos mueva a saber sea el de dominar y, así, liberarnos del miedo, de la angustia, la insatisfacción, el dolor. Puede ser que solo miremos por nosotros mismos. Puede ser incluso que nuestra esperanza esté puesta en nuestra más preciada posesión: nuestro poder; el poder de la ciencia así entendida, es decir, en que no haya más que objetos, domeñables, sometibles, asimilables; en que, finalmente, podamos hacernos invulnerables.

Ahora bien, podría pensarse que este modo de entender la filosofía no responde adecuadamente a lo que somos; que la verdad y el bien que buscamos no son del orden de mis dominios, sino de mi irremediable inquietud; que la felicidad no es invulnerabilidad, soledad, poder; que no todo es objeto a desentrañar y controlar, problema a resolver; que el ámbito de nuestra preocupación más honda es el del misterio; no admite resoluciones técnicas, no puede ser objetivado. En definitiva, podría pensarse que la filosofía es algo más radical, en la medida en que, lejos de buscar reposo, de confiar en el poder de la razón calculadora, no renuncia a la inquietud que nos constituye, y se mantiene fiel a lo Otro que nosotros, que nos hiere en lo más profundo no dejándonos ser todo o nada.

“No te conocía yo a ti, ¡Oh Señor mío!, porque todavía quería saber y gustar las cosas”,<sup>9</sup> afirma San Juan en sus Dichos de luz y amor; y es que su señor no es cosa, no es ninguna de las cosas que pueda llegar a saber y, una vez sabida, gustar. Es, en todo caso, lo que, siempre presente, nos mueve a buscar, a desear saber y gustar; lo que, de modo constante, nos inquieta y mantiene en vilo, sin descanso; lo que, lo queramos o no, nos eleva de condición y nos impide fundirnos con las cosas, como una cosa más entre las cosas. “Por eso —dice en el Cántico espiritual— San Agustín, hablando en los Soliloquios con Dios decía ‘No te hallaba yo, Señor, de fuera, porque mal te buscaba de fuera a ti, que estabas dentro’ ”.<sup>10</sup>

Para San Juan es de capital importancia comprender que el objeto de nuestros anhelos y desvelos no puede ser circunscrito, aclarado, gracias a nuestro poderío; la luz que somos capaces de arrojar sobre las cosas, gracias a nuestra ciencia, no va más allá de nosotros; no es más que expresión de nuestro poder;

<sup>9</sup> SAN JUAN DE LA CRUZ, *Dichos de Luz y Amor*, 32, en *San Juan de la Cruz, Doctor de la Iglesia. Obras completas*, B.A.C., Madrid, 1989, p. 46.

<sup>10</sup> SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual (A)*, 6, en *San Juan de la Cruz, Doctor de la Iglesia. Obras completas*, B.A.C., Madrid, 1989, 444. En adelante citaré esta obra como: *Cántico espiritual (A)*... o *(B)*...

no nos permite, por tanto, trascender, es decir, ir más allá de nosotros mismos, al encuentro de lo Otro que nosotros mismos y nuestro mundo, de aquello que inquietándonos nos constituye.

El difícil reconocimiento de que nada nacido en mí me satisface; de que mi saber no es el saber que anhelo; de que cuanto más me aferre a lo mío, a mi saber y poder, menos sé y menos puedo, es, en verdad, docta ignorancia; “no entender entendiendo, toda ciencia trascendiendo”.

San Agustín, en sus Confesiones, en un texto clave del libro III, afirmaba: “Tú estabas dentro de mí, más interior que lo más íntimo mío y más elevado que lo más sumo mío”,<sup>11</sup> y añadía en el libro X: “Tú estabas conmigo, más yo no estaba contigo”.<sup>12</sup> Y San Juan profundizará de modo extraordinario en lo que nos trasmite el viejo doctor de la Iglesia.

Solo el que es más elevado que lo más elevado mío puede ser vivido como más íntimo a mí mismo que mi propia intimidad; en el desierto de mi inmanente intimidad no estoy solo, estoy trascendido, abierto a quien me habita y me eleva lanzándome más allá de mí mismo; herido de trascendencia. Y es que, podemos leer en *La llama de amor viva*: “el centro del alma es Dios”.<sup>13</sup>

Con todo, como afirmaba San Bernardo de Claraval, clamando por la conversión del corazón: “No es extraño que el alma no sienta estas heridas. Se ha olvidado de sí misma. Y ausentándose de su interior, ha salido hacia un país lejano”.<sup>14</sup> Se ha olvidado de lo hermosa que es, de la dignidad, inigualable, que la distingue, de que no es una cosa más entre las cosas, y, así, extraviada, abandona la búsqueda, renuncia a la verdadera filosofía y a sí misma.

“¡Oh, pues, alma hermosísima entre todas las criaturas —exclama San Juan— que tanto deseas saber el lugar donde está tu Amado para buscarle y unirte con él, ya se te dice que tú misma eres el aposento donde él mora”.<sup>15</sup> “¿Qué más quieres, ¡oh alma!, y qué más buscas fuera de ti, pues dentro de ti tienes tus riquezas, tus deleites, tu satisfacción, tu hartura y tu reino, que es tu Amado, a quién desea y busca tu alma?”<sup>16</sup> Y con la siempre sorprendente precisión y profundidad que le caracterizan añade: “muy bien haces, ¡oh alma!, en

<sup>11</sup> SAN AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones*, III, 6, 11, en *Obras completas de San Agustín*, B.A.C., Madrid, 1998, p. 142. En adelante citaré esta obra como: *Confesiones*...

<sup>12</sup> SAN AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones*..., X, 27, 38, p. 424.

<sup>13</sup> SAN JUAN DE LA CRUZ, *Llama de amor viva*..., 1, 12, 753.

<sup>14</sup> SAN BERNARDO DE CLARAVAL, *A los clérigos sobre la conversión*, IV, 5, en *Obras completas de San Bernardo*, B.A.C., Madrid, 1983, p. 373.

<sup>15</sup> SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual (B)*..., 1, 7, pp. 575-576.

<sup>16</sup> SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual (B)*..., 1, 8, p. 576.

buscarle siempre escondido, porque mucho ensalzas a Dios y mucho te llegas a Él teniéndole por más alto y profundo que todo cuanto puedes alcanzar”.<sup>17</sup>

En la famosa *Carta a los hermanos del Monte Dei*, conocida también como *Carta de oro*, que la tradición consideraba obra de San Bernardo, Guillermo de Saint Thierry afirmaba: “no hay búsqueda más digna ni descubrimiento humano más dulce, ni posesión más útil que ésta en que el espíritu va más allá de sí mismo.”<sup>18</sup> Esta afirmación, que no era en verdad nueva, si bien la formulación era de gran precisión, dejaba abierta la gran cuestión, que le llevó a enfrentarse, junto a San Bernardo, con los grandes intelectuales del momento: ¿cómo puede el espíritu ir más allá de sí mismo?, ¿tiene sentido, siquiera, esta formulación, ya no digo la pretensión? Y la respuesta, asombrosa y sobrecogedora, es la que permite entender que sea objeto de reflexión, meditación, recogimiento y devoción el Cantar de los cantares.

“Mientras el lecho sea solo mío —podemos leer en su *Exposición sobre el Cantar de los cantares*— en el cual busco por la noche a quien amo sin encontrarlo, no tiene flores ni aromas, poco encanto y nada de alegría. Es un lecho para la noche, no para el día. Todo él está frío, ¡pobre del que se acueste en él, sin nadie que le de calor! No es, pues, *mi lecho florido, sino nuestro lecho florido*”.<sup>19</sup> La Sabiduría buscada, esta es la idea luminosa, solo puede entenderse como encuentro, encuentro amoroso, con un TÚ, que nos ama y amándonos nos despierta al amor. La verdadera filosofía no puede entenderse ni como solipsismo, ni como narcisismo, ni como búsqueda de dominio, ni como conquista, sino como salida amorosa hacia el amado que, esta es la noticia, nos ama. “Aumentar la sabiduría es —pues— aumentar el amor”.<sup>20</sup>

La verdadera dignidad de la persona humana reside en que puede amar; solo esto es, en verdad, libertad. Toda persona en su más profunda intimidad, en sus entrañas y raíces, allá donde ni ella puede llegar si no es dejándose llevar, donde no puede iluminar pues toda su luz procede de ahí, es amada, incondicionalmente. “Dios en cualquier alma, aunque sea la del mayor pecador del mundo, mora y asiste personalmente”,<sup>21</sup> dirá San Juan. Y, “si el alma busca a Dios, mucho más la busca su amado a ella”.<sup>22</sup>

<sup>17</sup> SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual (B)*..., 1, 12, p. 577.

<sup>18</sup> GUILLERMO DE SAINT THIERRY, *Carta a los hermanos del monte Dei*..., 206, p. 100.

<sup>19</sup> GUILLERMO DE SAINT THIERRY, *Exposición sobre el Cantar de los cantares*, 99, Sígueme, Salamanca, 2013, p. 127. En adelante citaré esta obra como: *Exposición sobre el Cantar de los cantares*...

<sup>20</sup> GUILLERMO DE SAINT THIERRY, *Exposición sobre el cantar de los cantares*..., 118, p. 144.

<sup>21</sup> SAN JUAN DE LA CRUZ, *Subida del Monte Carmelo*, L. II, c. 5, 3, en *San Juan de la Cruz, Doctor de la Iglesia. Obras completas*, B.A.C., Madrid, 1989, p. 135. En adelante citaré esta obra como: *Subida del Monte Carmelo*...

<sup>22</sup> SAN JUAN DE LA CRUZ, *Llama de amor viva*..., 3, 28, p. 817.

La vida, por tanto, es una invitación a amar, a encontrarnos con el amor de los amores y unirnos a él, que no es sino convertirnos al amor. “Y así, cuando hablamos de unión del alma con Dios, no hablamos de esta sustancial que siempre está hecha, sino de la unión y transformación por amor del alma con Dios, que no siempre está hecha, sino solo cuando viene a haber semejanza de amor”<sup>23</sup>; cuando el alma queda trasformada en Dios por amor.

Todas nuestras potencias, es más que importante comprenderlo, están encaminadas a la plenitud, a la sabiduría, que no es sino amar sin medida; la unión amorosa con quien amándonos nos invita al amor. En esto consiste ser imagen y semejanza de Dios, que es amor. “La trinidad puso en el lugar más elevado del hombre la potencia de la memoria para que siempre tuviese presente en su alma el recuerdo de la bondad y el poder de su creador. Seguidamente, sin demora, de la memoria procedió la razón, y de ambas, memoria y razón, procedió la voluntad. La memoria posee y contiene en sí el término a donde hay que dirigirse; la razón conoce que debe tender allí y la voluntad allí se encamina”.<sup>24</sup>

Pero no seamos ingenuos, la historia y la experiencia nos lo enseñan, desde muy antiguo, y San Agustín casi lo gritaba cuando confesaba que: “había amado la vanidad y la mentira”<sup>25</sup>: no es fácil amar, vivir en plena libertad.

Nuestras potencias parecen ofuscadas, debilitadas, acomodadas; la memoria, olvidadiza, se vuelca, inútilmente, en lo que puede atesorar, asegurar, en aquello que me permite afianzarme, ofreciéndome un campo definido sobre el que ejercer mi poder, mi saber y mi querer. La razón, débil, renuncia a lo que nos excede, rechaza toda oscuridad aferrándose a la luz que podemos generar, y señala como verdad y bien aquello, claro, luminoso, que podemos señorear. Y la voluntad, acobardada, se contenta con no querer demasiado, con no ir más allá del espacio que la memoria y la razón hayan asegurado con su luz. Con todo, como admirablemente nos recuerda San Juan en la Llama de amor viva, estas potencias del alma son “tan profundas cuanto de grandes bienes son capaces, pues no se llenan con menos que infinito”<sup>26</sup>; es decir, no se llenan nunca, o, mejor expresado, se llenan cuando, vacías de lo finito, delimitado, hecho, acabado, engeguedas, quedan abiertas y entregadas a la luz de aquel que se entrega sin límites. “La luz hace invisible la tiniebla”, afirmaba el admirado Dionisio en su carta al monje Gayo, “cuanto más luz haya, menos visible es la tiniebla. Los co-

<sup>23</sup> SAN JUAN DE LA CRUZ, *Subida del Monte Carmelo...*, L. II, c. 5, 3, p. 136.

<sup>24</sup> GUILLERMO DE SAINT THIERRY, *Carta a los hermanos del Monte Dei...*, 1, 5, p. 164.

<sup>25</sup> SAN AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones...*, IX, 4, 9, p. 356.

<sup>26</sup> SAN JUAN DE LA CRUZ, *Llama de amor viva...*, 3, 18, p. 812.

nocimientos hacen invisible la ciencia del no saber. Tanto menos visible cuanto más sean los conocimientos”.<sup>27</sup> (Carta 1, Obras completas, p. 383).

Así las cosas, necesitamos reanimar, reavivar, nuestras potencias, lo que solo es posible dejándonos transformar por quien nos trasciende y constituye, Dios; ahondando nuestra vulnerabilidad; creciendo en humildad, que es encuentro; dejando crecer en nosotros la fe, la esperanza y la caridad.

“La esperanza vacía y aparta la memoria de toda posesión de criatura, porque, como dice San Pablo, la Esperanza es de lo que no se posee, y, así, aparta la memoria de lo que se puede poseer y pónela en lo que espera, y por esto la esperanza de Dios sola dispone la memoria puramente para unirla con Dios”.<sup>28</sup>

La memoria, sanada por la esperanza, es memoria de lo que nos excede y apela, no mero recuerdo. Es lo que supera mis posibilidades de visión, de aprehensión y comprensión, lo que excediéndome, en mi desde que soy, se me hace presente, ahora, como nueva vida; como un presente siempre abierto por un don que es gracia y promesa. Y así, como decía Guillermo e Saint Thierry, “la perfección consiste en olvidar lo que ya pasó y en lanzarse a lo que tenemos delante”.<sup>29</sup>

“La fe oscurece y vacía el entendimiento de toda su inteligencia natural, y en esto la dispone para unirse con la Sabiduría divina”.<sup>30</sup> Y no es un mero saber que no sabemos, no es mera ignorancia socrática, es un radical vaciarnos, paradógica radicalidad; es un saber que nuestro saber no nos sana, reconocernos necesitados de lo que no podemos asir, sino tan solo dejar, humildemente, que nos lleve. Dejar, confiados, lo que vemos y dominamos, seguro y nuestro, por lo que ni vemos ni hemos asegurado. Pues, quien cree o tiene puesta su confianza en sí, espera de sí y, cerrado sobre sí, se aferra a lo que ve, ilumina, domina y considera seguro: su mundo; y lo prefiere a lo que no puede ver. Así las cosas, “la fe es noche oscura para el alma y desta manera la da luz, y cuanto más la oscurece más luz la da de sí, porque cegando la da luz”.<sup>31</sup>

La caridad, por su parte, afirma San Juan, hace “vacío en la voluntad y desnudez de todo afecto y gozo de todo lo que no es Dios”,<sup>32</sup> vacío que nos dispone para el fin que todos anhelamos, pues “el amor hace semejanza entre lo

<sup>27</sup> PSEUDO-DIONISIO AREOPAGITA, *Carta 1, al monje Gayo*, [1065 A], en *Obras completas de Pseudo Dionisio Areopagita*, B.A.C., Madrid, 1990, p. 383.

<sup>28</sup> SAN JUAN DE LA CRUZ, *Noche oscura*, L. II, 21, 11, en *San Juan de la Cruz; Doctor de la Iglesia. Obras completas*, B.A.C., Madrid, 1989, p. 411. En adelante citaré esta obra como: *Noche oscura...*

<sup>29</sup> GUILLERMO DE SAINT THIERRY, *Carta a los hermanos del Monte Dei...*, I, 40, p. 49.

<sup>30</sup> SAN JUAN DE LA CRUZ, *Noche oscura...*, L. II, 22, 11, p. 411.

<sup>31</sup> SAN JUAN DE LA CRUZ, *Subida del Monte Carmelo...*, L. II, 3, 4, p. 131.

<sup>32</sup> SAN JUAN DE LA CRUZ, *Subida del Monte Carmelo...*, L. II, 6, 2, p. 139.

que ama y es amado”.<sup>33</sup> Y así, si vaciamos nuestra voluntad de todo aquello que no sea Dios, que es amor, podemos afirmar, con palabras de Guillermo de Saint Thierry, que: “quien más ama más progresa”;<sup>34</sup> “con ansia en amores inflamada”, en palabras de San Juan.<sup>35</sup>

Lo que se afirma, y es clave, es que sin fe, esperanza y caridad no hay comunión, que es la vivencia más viva de la alteridad y del amor; la radical apertura y entrega al Otro que nosotros; la posibilidad de vida plena: presente abierto sin límites. Pero “como quiera que cada viviente viva por su operación, como dicen los filósofos, teniendo el alma sus operaciones en Dios por la unión que tiene con Dios, vive vida de Dios, y así ha trocado su muerte en vida, que es vida animal en vida sobrenatural”.<sup>36</sup>

La tesis, osada y esperanzada, es clara: Verdadera Sabiduría, plenitud, solo alcanza aquel que se diviniza, haciéndose uno con Dios por gracia y participación; aquel que se vive de modo íntimo, incesante y agradecido como don amoroso de Dios que es amor, ensanchando su corazón a la medida sin medida de Dios<sup>37</sup>; aquel, en verdad, que ama, sin límites.

Entonces “el amado vive en el amante y el amante en el Amado; y tal manera de semejanza hace el amor en la transfiguración de los amados, que se puede decir que cada uno es el otro y que entrambos son uno”.<sup>38</sup> Y “El entendimiento del que ama se vuelve contemplación y transforma lo que piensa en experiencia de suavidad espiritual y divina que impregnan la mente haciendo de ésta una fuente de gozo”.<sup>39</sup>

En este estado, meta del auténtico filósofo, del que compromete su vida en la búsqueda de lo mejor que él, la Verdad, el Bien, Dios se comunica, pero no a través de los sentidos, ni por medio del discurso, que compone y divide. “La sabiduría de esta contemplación es el lenguaje de Dios al alma de puro espíritu a puro espíritu”.<sup>40</sup> La soledad sonora o la música callada de las que habla San Juan, porque “aunque aquella música es callada cuanto a los sentidos y potencias naturales, es soledad muy sonora para las potencias espirituales”.<sup>41</sup> Y es que “es

<sup>33</sup> SAN JUAN DE LA CRUZ, *Subida del Monte Carmelo...*, L. I, 4, 3, p. 97.

<sup>34</sup> GUILLERMO DE SAINT THIERRY, *Naturaleza y dignidad del amor*, II, 11, en *Carta a los hermanos del Monte Dei y otros escritos*, p. 169.

<sup>35</sup> SAN JUAN DE LA CRUZ, *Noche oscura...*, L. I, 10, 6, p. 342.

<sup>36</sup> SAN JUAN DE LA CRUZ, *Llama de amor viva...*, 2, 34, pp. 794-5.

<sup>37</sup> JUAN MARTÍN VELASCO, *Mística y humanismo*, P.P.C., Madrid, 2007, p. 8.

<sup>38</sup> SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual (A)...*, 11, 7, p. 471.

<sup>39</sup> GUILLERMO DE SAINT THIERRY, *Carta a los hermanos del Monte Dei...*, III, 1, 249, p. 111.

<sup>40</sup> SAN JUAN DE LA CRUZ, *Noche oscura...*, L. II, 17, 4, p. 399.

<sup>41</sup> SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual (A)...*, 14, 46, p. 487.

de tan alta excelencia aqieste summo saber, que no hay facultad ni sciencia, que le puedan emprender; quien se supiere vencer con un no saber sabiendo, irá siempre trascendiendo”.<sup>42</sup>

Guillermo de Saint Thierry, comentando el Cantar de los cantares, exponía esta misma idea, y lo hacía de un modo emocionado y vibrante: “La voz de mi amado —decía—. Son palabras, sí, pero abundantes en gracia. En este estado de la mente no es una cuestión de palabras, sino que una sola palabra se realiza aquí por virtud de la inteligencia espiritual y los sentimientos piadosos: la Palabra que está junto a Dios, la Palabra que es Dios, que se realiza en la esposa por el hecho de que actúa en ella. Es mejor decir ‘voz’ que palabra, porque no consta de sílabas ni puede ser expresado por medio de la lengua, sino que se realiza por el afecto puro en la inteligencia iluminada, mientras toda la sensibilidad corporal o racional está adormecida o inactiva. El Espíritu Santo realiza toda la operación en el sentido del amor. La voz que pronuncia esta palabra es la fuerza eficaz de la divinidad que rompe los cedros del Líbano, la altanería de la sabiduría humana y la soberbia mundana. Esta voz solo se oye en la intimidad del silencio y no actúa más que en un corazón puro”.<sup>43</sup>

Sin amor no hay Sabiduría pues sin amor no somos capaces de oír y entender las palabras del esposo, que, enamorado, nos busca; “un corazón frívolo no puede en modo alguno percibir estas ardientes palabras [...] Desconocido para el que no ama, el idioma del amor sonará como una campana ruidosa o unos platillos estridentes”.<sup>44</sup> Mas, cuando seamos uno con él, amor desbordado, cuando saboreemos la gratuidad de la gracia, cuando alcancemos el saber de más alta excelencia, aquel que sobrepasa nuestras medidas, nuestras categorías, ¡qué podremos decir! ¡Cómo podremos expresar nuestra dicha!

¿Acudiremos a la teología? ¿Tal vez a la ciencia, poderosa y segura? Para San Juan, preciso y profundo, la respuesta es no, pues nuestro decir, pobre, ha de crecer, y en él lo hará, de la mano de la poesía:

*Entreme donde no supe  
Y quedeme no sabiendo  
Toda ciencia trascendiendo<sup>45</sup>  
Quedeme y olvideme  
el rostro recliné sobre el Amado;*

<sup>42</sup> SAN JUAN DE LA CRUZ, *Coplas del mismo hechas sobre un éxtasis...*, en *San Juan de la cruz*, p. 36.

<sup>43</sup> GUILLERMO DE SAINT THIERRY, *Exposición sobre el Cantar de los cantares...*, XXVIII, 137, p. 159.

<sup>44</sup> SAN BERNARDO DE CLARAVAL, *Sermón 79 sobre el Cantar de los cantares*, en *Obras completas de San Bernardo*, V, B.A.C., Madrid, 1977, p. 983.

<sup>45</sup> SAN JUAN DE LA CRUZ, *coplas del mismo sobre un éxtasis...*, p. 35.

*cesó todo y déjeme;  
dejando mi cuidado  
entre las azucenas olvidado.*<sup>46</sup>

---

<sup>46</sup> SAN JUAN DE LA CRUZ, *Canciones en que canta el alma*, en *San Juan de la Cruz; Doctor de la Iglesia. Obras completas*, B.A.C., Madrid, 1989, p. 33.